

En María Verónica Tozzi Thompson, *El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires (Argentina): Prometeo.

Historias desde los márgenes, nuevos horizontes y resistencias: reflexiones políticas y epistemológicas para el futuro práctico.

Moira Pérez.

Cita:

Moira Pérez (2022). *Historias desde los márgenes, nuevos horizontes y resistencias: reflexiones políticas y epistemológicas para el futuro práctico*. En María Verónica Tozzi Thompson *El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires (Argentina): Prometeo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/moira.perez/105>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/prao/kSt>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Verónica Tozzi Thompson
(compiladora)

El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia

prometeo'
libros

El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia / Gilda Bevilacqua ... [et al.] ; compilación de Verónica Tozzi Thompson - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

448 p. ; 23 x 16 cm. - (Teoría e historia / Verónica Tozzi Thompson)

ISBN 978-987-816-451-9

1. Filosofía de la Historia. 2. Filosofía Contemporánea. I. Bevilacqua, Gilda. II. Tozzi Thompson, Verónica, comp. III.

CDD 109

Colección Historia y teoría

Directora: Verónica Tozzi Thompson

Diagramación: Victoria Ramírez

Corrección: Ana Ussher

Diseño de tapa: Renato Tarditti

Imagen de portada: "Buona ventura", de Caravaggio (1595). Museo del Louvre.

ISBN 978-987-816-451-9

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadiez.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Capítulo 13

Historias desde los márgenes, nuevos horizontes y resistencias: reflexiones políticas y epistemológicas para el futuro práctico

Moirá Pérez

1. La filosofía de la historia ante los nuevos sujetos

En las últimas décadas, Abya Yala/Latinoamérica ha vivido un crecimiento exponencial de movimientos sociales, tales como el movimiento de mujeres, el activismo antirracista o la organización colectiva de diversos pueblos indígenas para la protección de sus vidas y territorios. Mientras que para algunos sectores sociales se trata de una irrupción sorprendente –e incluso preocupante–, para otros no es sino una etapa más en la historia de un despliegue de largo aliento, en el que las resistencias se transforman y reconfiguran en respuesta a agendas y disputas de poder tanto globales como locales. En cualquier caso, un punto innegable es que se trata de personas y grupos que adquieren cada vez más visibilidad en el campo de la sociedad civil, la política y –tal vez más tardíamente– la academia. Esto forma parte del fenómeno de “surgimiento de nuevos sujetos” iniciado hacia la mitad del siglo xx, si tomamos como referencia, por ejemplo, los movimientos de derechos civiles de gran parte de América y Europa. En otras palabras: aunque no estamos ante la aparición de seres que antes no hubieran estado allí, sí existe “un cambio de conciencia, un cambio de autoreconocimiento, un nuevo proceso de identificación, la emergencia hacia la visibilidad [*emergence into visibility*] de un nuevo sujeto. Un sujeto

que estuvo siempre allí, pero emergiendo, históricamente” (Hall, 1997: 6). Stuart Hall, quien se ha dedicado exhaustivamente al fenómeno que denomina “nuevas identidades” y sus derivaciones, entiende este nuevo protagonismo como el proceso mediante el cual comunidades tales como la Negra (así el término utilizado por el autor) gradualmente toman conciencia activa de su lugar en la estructura social y de sus posibilidades de incidir en ella, interpelando abiertamente su condición de minorías políticas.

Otro aspecto importante de este fenómeno, al que también alude Hall, es cómo se complejiza la configuración de estos “nuevos sujetos” en términos de identidad/es. Mientras que los movimientos de los que forman parte suelen articularse en términos de una identidad compartida, cada uno de los sujetos contiene una pluralidad de identificaciones imposibles de reducir a categorías universales como raza, género, localización geográfica o social. Estamos ante sujetos que se ubican precisamente en la intersección de todos esos ejes, cuestionando la idea misma de clasificar a las personas según alguna de sus pertenencias, en detrimento de las restantes. Nuevamente en palabras de Hall (2006: 21):

De modo creciente, los paisajes políticos del mundo moderno son fracturados de este modo por identificaciones rivales y dislocantes, advenidas, especialmente, a partir de la erosión de la “identidad maestra” de la clase, y la emergencia de nuevas identidades, pertenecientes a la nueva base política definida por los nuevos movimientos sociales: el feminismo, las luchas negras, los movimientos de liberación nacional y los movimientos antinucleares y ecológicos.

Como vemos, este autor considera que el eje de clase ha ocupado un rol central en el pasado, y entiende que el quiebre de los “paisajes políticos” se debe al debilitamiento de la pertenencia de clase en tanto marcador social. Podríamos pensar este proceso, análogamente, alrededor de factores como el género o la racialización, y señalar, por ejemplo, los cuestionamientos que sacudieron la predominancia de las mujeres blancas del norte global en los feminismos hegemónicos desde las últimas décadas del siglo xx (Parra, 2018), o los enfoques trans que alzan su voz, entre otras cosas, contra el cisexismo de las concepciones (e intervenciones) contemporáneas en torno al género (Radi, 2021). Más allá del eje que se destaque como guía, el punto es que cada una de estas identidades es histórica y relacional, y se modifica a partir de su vínculo con las otras.

Los usos del pasado tienen un lugar central en aquellos procesos de emergencia de “nuevos sujetos” y de reconfiguración de las identidades colectivas y su lugar político. Estos cambios culturales y sociales incluyen una transformación de cómo nos relacionamos con el pasado y, de hecho, muchos proyectos emancipatorios incluyen explícitamente la memoria histórica como parte de sus medios de transformación. Es por esto que, a la hora de delinear el futuro práctico de la filosofía de la historia, es preciso considerar el rol que cumplirá la disciplina en estos procesos en ebullición.

La filosofía de la historia y otras disciplinas afines han ofrecido importantes instrumentos para comprender las formas específicas en las que las exclusiones sociales se plasman en cómo narramos el pasado. Ya desde mediados del siglo xx, por ejemplo, encontramos críticas a los modos tradicionales de producción historiográfica en relación con su trato hacia los grupos marginados, tanto en términos de los sujetos productores de conocimiento, como del objeto histórico de indagación (Iggers, 1998; Zermeno Padilla, 2002). En este proceso, a los aportes de la nueva filosofía de la historia (principalmente en su línea narrativista) que constituyen el núcleo de este volumen se suman otros marcos teóricos críticos, tales como los estudios poscoloniales, la teoría feminista y la teoría *queer*. A medida que comienzan a hacerse evidentes las deficiencias de los modos tradicionales de hacer historiografía –lo que Berkhofer (1995) llama “historia normal” y Scott (1999) “historia tradicional”–, estas y otras perspectivas críticas comienzan a denunciar la insuficiencia de meramente “sumar o agregar” nuevos sujetos a la historiografía (Harding, 1987: 4) o de crear historias nuevas para complementar las existentes, pero manteniendo sus pautas y metodologías.

Por otro lado, tanto los estudios en este campo como las intervenciones políticas de colectivos históricamente marginados han evidenciado la importancia de las representaciones del pasado como un elemento clave no solo de constitución identitaria, sino también de lucha política. Han mostrado, además, la importancia para todo grupo social de verse reflejado en las narrativas del pasado y de participar en su elaboración. En este sentido, las representaciones del pasado se ubican como un elemento clave del trabajo político colectivo de y para los “nuevos sujetos” en los paisajes políticos contemporáneos. Es sobre este punto que propongo intervenir como parte de la construcción colectiva del futuro práctico de nuestra disciplina.

2. Acompañar procesos de recuperación y narración histórica: posibilidades y desafíos

Más allá de las importantes y necesarias elucidaciones teóricas que ocupan a nuestra disciplina, un elemento clave a la hora de trazar el mapa del futuro práctico de la filosofía de la historia puede ser el de poner sus herramientas al servicio de esos proyectos para acompañar iniciativas de revisión y reescritura del pasado por parte de grupos tradicionalmente empujados a los márgenes de la historia. El desafío está en aportar nuestro instrumental teórico, conceptual y metodológico, pero sin reproducir las diversas formas de violencia epistémica que han caracterizado históricamente los vínculos entre la academia y los grupos y movimientos sociales marginados. Se trata de aprender a llevar adelante un trabajo conjunto con las comunidades que suelen ser relegadas a objeto de estudio y de acompañar de manera respetuosa y responsable sus procesos de reflexión y producción acerca del pasado colectivo. Dicha tarea implicará expandir los límites e interlocutores de la disciplina, para repensar en conjunto las dimensiones políticas de la historiografía y los modos mismos de narrar. Significa reconocer los saberes producidos por los sujetos que emergieron a la esfera pública a través de movimientos como el feminismo o el antirracismo y tramar colectivamente nuevos horizontes en su (y nuestra) relación con el pasado. La filosofía de la historia puede participar de estos procesos sin perder su especificidad ni su rigor. Muy por el contrario, en este intercambio, la disciplina puede enriquecerse y sofisticar sus herramientas y su comprensión de las representaciones del pasado, las formas de tramarlas y las funciones sociales, culturales y políticas que cumplen. Ello puede redundar en una comprensión más atinada y actualizada de cómo y para qué se estudia la historia, y cómo y para qué se lo podría hacer de una forma diferente.

Sobre la base de este entendimiento, he desarrollado mi trabajo en investigación filosófica de carácter aplicado con foco en distintos grupos marginados, tales como los activismos feministas y LGBT (lésbicos, gays, bisexuales y trans). En particular, las reflexiones que siguen forman parte de un proyecto de intervención actualmente en curso, que tiene como objetivo acompañar procesos de investigación y escritura de la historia de organizaciones y espacios de base articulados en torno a la cuestión carcelaria y el género en la Argentina (principalmente en torno a una unidad

penitenciaria específica clasificada como “de mujeres”).¹ El objetivo de mi trabajo es dar centralidad a los sujetos alcanzados tanto directa como indirectamente por la ley penal (es decir, personas en situación de encierro y su entorno inmediato), a través de la agencia tanto epistémica, en el proceso de producción de las narraciones, como histórica y política, en las narrativas producidas que destacan sus resistencias e intervenciones.

La intervención penitenciaria tiene entre sus principales resultados (o sus propósitos, si lo leemos desde una mirada anticarcelaria) precisamente la desubjetivación de las personas que pasan por sus instituciones. Restringiendo su capacidad de acción o de decisión sobre sus propias vidas, controlando o imponiendo cada uno de sus movimientos, reduciéndolas a un número, aislandolas de otras personas y comunidades, se aspira a eliminar cualquier atisbo de agencia o autonomía, para producir un sujeto entre dócil y descartable. Frente a esto, la reconstrucción de las historias y resistencias, tanto individuales como colectivas, busca acompañar la recuperación de su agencia epistémica y política. Por otro lado, se trata de un colectivo que históricamente ha sido reducido por el trabajo académico al carácter de mero objeto de investigación y al que se le han negado o no se le han reconocido sus aportes intelectuales a la comprensión no solo de su situación particular, sino de los diversos fenómenos sociales que nos interesan. Una “historia desde los márgenes” debe señalar y revertir esa división del trabajo intelectual que resulta perjudicial desde el punto de vista político y epistémico. Finalmente, en el cruce de cárcel y género encontramos la importancia de desandar los sesgos androcéntricos de los espacios de encierro penal, que fueron contruidos sobre un modelo de masculinidad y han buscado producir un cierto tipo de hombre, y también de los activismos anticarcelarios forjados sobre ese mismo modelo (Davis, 2003; Sánchez, 2012). Estos últimos y aquellos vinculados con el género han demorado en encontrarse y comprender los mutuos aportes que podían brindarse. De manera similar, en nuestra región, la incorporación del factor racial en el análisis de la cárcel es sorprendentemente tardío (Segato, 2007). Por consiguiente, un proyecto que reúna los ejes de la cuestión carcelaria y diversas categorías de identificación social (género y racialización, entre otras) y destaque cómo ellas se producen

¹ Me refiero principalmente al proyecto “La construcción de la historia colectiva de un grupo vulnerable como instrumento de afirmación identitaria: aportes desde la filosofía de la historia y las epistemologías críticas”, iniciado en 2019 en el marco de la Carrera de Investigadora de CONICET.

históricamente y a través de la historiografía puede aportar elementos valiosos para el mutuo enriquecimiento de estas causas.

Uno de los primeros pasos en semejante camino consiste en la reflexión acerca de la tarea misma de volver sobre el pasado como una forma de proyectarnos hacia el futuro: es decir, una reflexión acerca de nuestras concepciones del pasado y el futuro prácticos. Ello requiere enfrentarnos a un conjunto de preguntas y decisiones respecto de para qué y cómo desarrollar una indagación en el pasado. En lo que sigue, vuelco algunas reflexiones al respecto tramadas desde la filosofía de la historia, con foco en dos esferas: la política y la epistemológica.

Un acompañamiento que tenga en cuenta los puntos detallados a continuación puede reforzar los aspectos positivos que reviste la presencia histórica para los grupos tradicionalmente marginados, a la vez que ayuda a detectar los mecanismos de exclusión política y/o epistémica que puedan emerger en la producción, y los que atraviesan a la reflexión filosófica también. Más allá de este caso en particular, la premisa subyacente, en términos amplios, es que la filosofía de la historia en su vertiente práctica tiene enorme potencial para aportar a los procesos de transformación social, a través de sus desarrollos acerca de los aspectos políticos y epistemológicos de nuestra relación con el pasado y cómo lo representamos o narramos. A su vez, el potencial práctico de la filosofía de la historia se multiplica cuando se incorporan marcos teóricos por fuera del canon disciplinar, tales como los estudios poscoloniales, decoloniales, feministas y *queer*, para examinar las dimensiones políticas y epistémicas de nuestras formas de relacionarnos con el pasado desde el presente (y hacia el futuro). Estas reflexiones pueden ser de utilidad no solo para acompañar la producción historiográfica colectiva de y con diversos grupos marginados, sino también para provocar nuevas preguntas y desarrollos sobre la historiografía como práctica profesional y social situada.

3. Políticas de la historiografía

¿Cuál es el propósito o relevancia de emprender una tarea de (re) construcción histórica de estas características? En un contexto de extrema precariedad y violencia, detenerse a pensar en el pasado puede parecer un lujo. Es innegable la necesidad de trabajar sobre otras tareas urgentes en relación con estos colectivos, y más aún cuando hablamos de espacios de muerte como lo son las cárceles. Sin embargo, esto no significa anular por

completo el trabajo sobre el orden de la representación, que por otra parte no es ajeno al orden de las condiciones y oportunidades de vida de los distintos grupos sociales. En este sentido, la filosofía contemporánea de la historia y los otros enfoques teóricos incorporados aquí se han encargado de mostrar las consecuencias políticas de la representación histórica, en particular la agencia que habilita (o no) la historiografía. Nos invitan así a notar los modos en que las narraciones del pasado construyen no solo pasados, sino también futuros.

El lugar que ocupan los sujetos en la historiografía constituye un elemento fundamental dentro del espectro de relaciones de poder posibles en una determinada configuración social, tanto porque esta última influirá sobre las narrativas que se gesten, como porque las descripciones disponibles para los sujetos (por ejemplo, a través de la historiografía) operan como horizonte para su agencia. Tal como señalara Ian Hacking, las descripciones funcionan a la vez como prisión y como posibilidad o proyecto y, si es cierto que los seres humanos actuamos bajo descripciones, también lo será que “si surgen nuevos modos de descripción, surgen como consecuencia nuevas posibilidades de acción” (1999: 166). Las descripciones o representaciones determinan, en gran parte, la constitución de los colectivos a los que refieren y de las personas que forman parte de ellos. En el caso particular de las narraciones sobre el pasado, puede pensarse a la presencia historiográfica (la presencia en un relato en el que un determinado grupo o individuo se vea retratado interviniendo sobre su propia realidad) como desencadenante para una proyección hacia la agencia política. Es indudable que dicha proyección debe estar acompañada de otros mecanismos de afirmación, ante todo, aquellos referidos a las condiciones materiales de existencia, pero la importancia de estos últimos no conlleva necesariamente una minimización de los primeros.

Adicionalmente, hablar de vínculos entre historia y política nos lleva a pensar en los compromisos políticos que subyacen a toda producción de representaciones del pasado. Al analizar el proceso de profesionalización de la disciplina, Hayden White afirma:

... “la historia” misma demuestra que “la historia” fue inventada y cultivada en Occidente como una ciencia aprendida, que está basada en preconceptos específicamente occidentales, aristocráticos, racistas, genéricos/de género, y clasistas, y que no es más “universalista” en cuanto a su aplicabilidad a otras culturas, que el cristianismo o el capitalismo. Por lo

tanto, ver a “la historia” como un “regalo” con genuino valor y utilidad para quienes desean ingresar en o pertenecer a ella puede ser engañoso. (White, 2010: 124)

Detrás de ese “engaño” emerge que “una indagación específicamente histórica nace menos desde la necesidad de establecer *que* ciertos eventos ocurrieron, que de la de establecer *qué* podrían *significar* ciertos eventos para un determinado grupo, sociedad, o concepciones de una cultura de sus tareas presentes y prospectos futuros” (White, 1986: 487). La historia de la historiografía es evidencia de un sesgo hacia ciertos tipos de identidades y sujetos, en los que convergen factores geopolíticos y corpo-políticos: las marcas de género, raza, clase, lengua y cultura, entre muchas otras, encauzan a determinados grupos sociales a la cuenca de lo recordable (incluso memorable), mientras otros son arrojados a los márgenes como si se tratara de espuma que rápidamente se diluirá. El androcentrismo es un buen ejemplo de ello: atraviesa a un conjunto de “elaboraciones teóricas sobre el funcionamiento de la sociedad” inclinándolas a tomar al “hombre como medida de todas las cosas”, pero no a “cualquier hombre”, sino a un modelo en el que convergen múltiples categorías identitarias (Moreno, 1986: 23-24). Se trata de lo que Amparo Moreno define como “el arquetipo viril”: “un modelo humano imaginario, fraguado en algún momento de nuestro pasado y perpetuado en sus rasgos básicos hasta nuestros días, atribuido a un ser humano de sexo masculino, adulto” caracterizado por su “voluntad de expansión territorial” y dominio sobre otros sujetos (ibíd.). En este punto, identificar los prejuicios, sesgos y silencios de las representaciones históricas también puede servir para expandir nuestra comprensión de la marginación social más allá de lo evidente: la violencia directa.

A partir de la premisa del vínculo entre historia y política, el estudio del pasado y de las formas de representarlo se revelan particularmente útiles para la comprensión del presente y las relaciones de poder que lo atraviesan. El pensamiento poscolonial y los estudios de la subalternidad, por ejemplo, abordan el fenómeno de la (pos)colonialidad en busca de “una comprensión crítica de nuestro presente” (Mezzadra, 2008: 17) y consideran que conocer el pasado puede ser una llave para desentrañar

... la continua reaparición en nuestro presente de “fragmentos” de las lógicas y de los dispositivos de explotación y dominio que caracterizaron el proyecto colonial moderno de Occidente, reconociendo al mismo

tiempo que estos se componen dentro de nuevas constelaciones políticas, profundamente inestables y en continua evolución.

De manera similar, White propone “evaluar el pasado desde el punto de vista de su utilidad para el presente”, sin por ello entender al presente como algo conocido, transparente e independiente de cualquier discurso: “Al contrario, el ‘presente’ es una construcción tanto como lo es el ‘pasado’ o el ‘futuro’” (White, 2010: 157).

Dentro de esta conexión entre pasado y presente, los enfoques elegidos nos ayudan a comprender cómo participan las representaciones del pasado en la formación de la identidad y de las posibilidades futuras para el colectivo al que se refieren. Joan Scott ha destacado el rol de la historiografía como “un modo de ordenar el mundo”, cuyos usos y significados son “los medios mediante los cuales se construyen las relaciones de poder, de dominación y de subordinación” (Scott, 1999: 2). En línea con esto, la teoría *queer* se ha concentrado en “la crítica de las categorías identitarias presentadas como estables, unitarias o ‘auténticas’” (Duggan, 1995: 187) y ha propuesto considerar las representaciones históricas ya no “como reportes literales o descriptivos del pasado”, sino “como sitios performativos donde se inventan los significados” (Bravmann, 1997: 97). Desde esta perspectiva, los “estudios culturales *queer* de la historia proponen un nuevo enfoque para pensar la relación entre el pasado y el presente, e indagan en las ficciones *queer* del pasado como intervenciones en la materialidad del presente” (ídem.). He aquí un punto clave del futuro práctico de nuestra disciplina: comprender las diversas formas en las que las disputas acerca del pasado (tanto en sus intervenciones como en sus silencios) de hecho dan forma al presente –y al futuro–, y desarrollar formas de utilizar ese potencial a favor de las causas que nos conmueven.

La teoría *queer* puede aportar una última advertencia respecto de las formas de narrar la historia de grupos vulnerados. Es frecuente encontrar, en relación con estos grupos, “narrativas humanistas que plantean el progreso del sujeto y de la historia, y que por lo tanto cuentan el relato del progreso heroico de la liberación (...) contra las fuerzas de la represión” (Duggan, 1995: 187). Las representaciones de las condiciones de detención y la operatoria de las fuerzas represivas durante el terrorismo de Estado en la Argentina, presentadas en un contraste tajante con las condiciones actuales, es un caso ejemplar: a través de la figura del “preso político” y su oposición con el “preso común”, se trama una narrativa

de discontinuidad, en la que esas formas de violencia han quedado en el pasado y hoy no son más que algo que no debe ser olvidado. Contra esto, diversos desarrollos en filosofía de la historia y en teoría *queer* nos invitan a preguntarnos cómo se establecen esos quiebres, cómo se define el progreso, a quiénes benefician dichas representaciones, qué factores tienen en cuenta y a quiénes excluyen de las representaciones del pasado y del presente. No obstante, cabe destacar que desde la teoría *queer* se ha notado también una paradoja en esta crítica en relación con los grupos históricamente marginados y se ha señalado que “si bien muchos críticos *queer* se oponen a la idea de una visión de la historia lineal y triunfalista, en la práctica estamos profundamente comprometidos con la noción de progreso; a pesar de nuestras reservas, simplemente no podemos dejar de soñar una vida mejor para las personas *queer*” (Love, 2009: 3). Este último punto resulta particularmente relevante para abordar la situación de las personas en contextos de encierro, ya que el trabajo político de o con dicho colectivo suele nacer del compromiso con esa “vida mejor” que menciona Love.

Habiendo comprendido la pertinencia del trabajo sobre el pasado, y algunas de sus salvedades o tensiones, cabe preguntarse: ¿es posible construir esas narrativas sin caer en los problemas de exclusión que buscamos revertir? ¿Cómo podemos hacerlo? En términos más generales, ¿qué advertencias de orden epistemológico debemos tener en cuenta a la hora de emprender una investigación historiográfica de y/o con un grupo vulnerable?

4. Perspectivas epistemológicas

Un proyecto de estas características no puede limitarse a la enunciación o despliegue de un compromiso político, ni a la mera inclusión de aquello que tradicionalmente fue excluido de las narraciones históricas, ya sean sujetos y eventos en el pasado o agentes epistémicos autorizados en el presente. Se hace necesaria una revisión de los agentes, modos y dispositivos de producción historiográfica, es decir, un replanteo epistemológico radical. Esto es así, por un lado, porque la reproducción acrítica de las estrategias y herramientas epistémicas tradicionales parecería incompatible con los fines de este tipo de proyectos; y, por el otro, porque además del evidente daño político, las historiografías tradicionales han demostrado ser epistémicamente inadecuadas para cumplir con los propósitos que

persiguen. Sandra Harding (1987: 4-5) lo observa en relación con las narrativas androcéntricas, pero es posible extenderlo a otras formas de exclusión. Según la autora, esas historiografías nos ofrecen

... análisis parciales y distorsionados del género y de las actividades sociales de las mujeres. Sugiere, falsamente, que las únicas actividades que constituyen y moldean la vida social son aquellas que los hombres han considerado importantes y dignas de estudio. Esto oculta temas de importancia tan crucial como, por ejemplo, la manera como los cambios habidos en las prácticas sociales, reproductivas y sexuales y en el ejercicio de la maternidad, han dado forma al Estado, a la economía y a las demás instituciones públicas.

A partir de este entendimiento, la historiografía feminista invita no solamente a “recuperar a las mujeres” como sujetos del pasado y como agentes de producción historiográfica en el presente, sino también a “descentrar al sujeto masculino” (Morgan, 2006: 1). Cuando se trata de nuevos sujetos y representaciones del pasado, tanto la filosofía de la historia como distintas epistemologías entienden este descentramiento como un proceso permanente de “reexaminar los supuestos históricos más fundamentales, entre otras cosas democratizando la visión de quién y qué constituye un discurso histórico” (íd.). En esta sección destaco algunos de los puntos centrales de tal tarea a partir de las “epistemologías desde los márgenes” (Pérez, 2022b): un conjunto de epistemologías producidas desde y para colectivos tradicionalmente marginados del canon teórico.

Desde la perspectiva de estas epistemologías, y en sintonía con lo dicho en el apartado anterior sobre la dimensión política de la historiografía, ya no es posible hablar “de un pasado no mediado, no construido, no ubicado en una perspectiva específica” (Morgan, 2006). Ello pone en jaque “los métodos empíricos que afirman representar directamente la ‘realidad’ transparente de la ‘experiencia’, y afirman relatar, simple y objetivamente, qué sucedió, cómo y por qué” (Duggan, 1995: 187), y la pretendida “habilidad del historiador para reivindicar un dominio neutral [del tema] o de presentar cualquier historia particular como si fuera completa, universal y determinada de manera objetiva” (Scott, 1999: 7). Por el contrario, epistemólogas como Donna Haraway han propuesto producir conocimiento desde una “locación limitada”, una “racionalidad posicionada” (1995: 339) consciente de que “todos los ojos, incluidos los nuestros, son sistemas perceptivos activos que construyen traducciones y

maneras específicas de ver, es decir, formas de vida” (ibíd.: 327). Un primer paso fundamental para el ejercicio de una historiografía epistémicamente responsable, entonces, es la comprensión del propio lugar de enunciación y de cómo incide en los procesos y productos de la investigación.

El vínculo entre estudios académicos y sujetos en contextos de encierro está marcado por una larga y dolorosa historia de objetificación, que por supuesto se replica en otros colectivos socialmente marginados. La “lógica instrumentalizadora” (Rivera Cusicanqui, 1987) de estos trabajos, al igual que las prácticas de otrificación (*othering*), han estado entre las preocupaciones centrales de los estudios poscoloniales (Mohanty, 2008; Said, 2002), el feminismo (Langton, 2001; Haraway, 1995), y la epistemología trans* (Namaste, 2009; Hale, 1997; Radi, 2019), entre otros. En el caso de la historiografía, las epistemologías desde los márgenes han denunciado cómo las narrativas hegemónicas relegan a los grupos históricamente marginados al lugar de objeto de estudio, los excluyen de la producción de conocimiento y los instrumentalizan para fines ajenos. También han señalado la injusticia epistémica implicada en la desvalorización del testimonio de personas debido a su identidad (lo que Fricker, 2007, denomina “injusticia testimonial”; ver también Dotson, 2011) y en la falta de categorías específicas para interpretar la experiencia de opresión de un colectivo al que se pertenece (“injusticia hermenéutica”; ver Fricker, 2007, y también Pérez y Radi, 2018). Podemos entender todo esto como parte del fenómeno más amplio de la violencia epistémica (Chakravorty Spivak, 2003; Pérez, 2019), que en las ciencias suele ocultarse detrás de los valores tradicionales de neutralidad, imparcialidad y objetividad. Estos señalamientos aplican directamente a las investigaciones en contextos de encierro, y nos urgen a reevaluar las estrategias y métodos de investigación desde el primer momento de concepción de un proyecto (Pérez y Bissutti, 2021).

Para desarticular la violencia epistémica no alcanza con incluir a los sujetos históricamente marginados de la producción de conocimiento. Por un lado, porque como vimos más arriba, los prejuicios sociales también pesan sobre las formas y herramientas mismas de lectura y narración del pasado, incluidas las herramientas hermenéuticas disponibles para darle sentido (Pérez, 2022a). Y, por otro, porque tal como ha señalado Haraway, “la identidad, incluida la autoidentidad, no produce ciencia. El posicionamiento crítico sí, es decir, la objetividad” (1995: 332); y en este

sentido, “cómo mirar desde abajo es un problema que requiere al menos tanta pericia como las más ‘altas’ visualizaciones técnico-científicas” (ibíd.: 328). En otras palabras, del hecho de tener una determinada identidad, o de ocupar un lugar social de marginación, no se desprenden ni el acceso a categorías hermenéuticas para dar sentido a las propias experiencias, ni la capacidad para producir ciencia teóricamente adecuada y cognitivamente responsable. Evitando estas lecturas ingenuas de una ciencia “desde abajo”, me interesan los aportes de las epistemologías desde los márgenes que nos permiten avanzar en un replanteo general de la relación entre sujeto y objeto de conocimiento y a una redefinición de lo que es la “buena ciencia”. Entre otras cosas, estas perspectivas complejizan las conexiones entre identidad, experiencias de marginación y valor epistémico (Scott, 1991; Tozzi, 2005), exponen las tensiones internas y disputas de sentido en el proceso de trabajo con comunidades marginadas (Boyd, 2008; Boyd y Roque Ramírez, 2012) y ayudan a desarrollar investigaciones cuidadosas, útiles, horizontales y respetuosas, máxime en el caso en que quien investiga no forma parte de la comunidad estudiada (Hale, 1997; Namaste, 2009).

Un último punto relevante para el caso elegido se vincula con el foco de estudio cuando se trata de “nuevos sujetos”. Las historiografías feministas, *queer* y poscoloniales invitan a volcar la mirada historiográfica no tanto en los eventos puntuales, sino en cómo fueron tomando forma las categorías sobre las que se sostienen. Esto es lo que llevó, entre otras cosas, a la adopción de la sexualidad como categoría de análisis histórico, para indagar en cómo llegó a constituirse como “llave hermenéutica” (Halperin, 2000) para clasificar y dar sentido a la experiencia humana. Según Morgan (2006: 13), en el caso de la historiografía de género:

... más que recuperar las experiencias históricas de las mujeres y los varones como evidencias de la diferencia sexual, [las historiadoras] se enfocaron en cómo se producía discursivamente esa diferencia como un sistema normativo de conocimiento y significado, y las distintas maneras en que se diseminaban las identidades de género a lo largo del tiempo.

La adopción de la categoría de “género” permite examinar las relaciones sociales, incluidas las del pasado, y en particular sirve “como modo de hablar acerca de los sistemas de relaciones sociales o sexuales” (Scott, 1999: 41). Tomar el género, el sexo y la sexualidad, pero también la racialización o la diversidad funcional, como categorías de análisis

permite pasar de concebir una historia de sujetos, a plantear una historia de relaciones. Así, señala Joan Scott (ibíd.: 27):

... la historia feminista se convierte no en el relato de grandes acciones realizadas por mujeres, sino el hecho de exponer las operaciones, con frecuencia, silenciosas y ocultas, del género, que no obstante son las fuerzas presentes y definitorias en la organización de la mayoría de las sociedades.

Por otro lado, esta apertura a la noción de género permite también pensar otros géneros y otros modos de constitución del género que exceden a las mujeres (implícitamente cis en gran parte del feminismo y de los estudios gay-lésbicos), y también considerar cómo se entrecruzan y coconstituyen las múltiples categorías que atraviesan a los sujetos. En el caso específico de las personas en contextos de encierro, esta perspectiva implica ampliar la mirada más allá de los eventos puntuales que marcan la historia de las resistencias anticarcelarias en la Argentina (que, de todos modos, no dejan de ser importantes), para incorporar también la génesis de las formas de autoidentificación de dichos sujetos, las diversas etiquetas que se les asignan socialmente (tales como “victimario”, “delincuente”, “subversivo”), sus reapropiaciones como llaves hermenéuticas críticas y diversos desplazamientos que se producen como resistencia (“sobreviviente”, “militante”, entre otros).

5. Hacia el futuro práctico: abrir las narrativas colectivamente

El futuro práctico de la filosofía de la historia puede tomar la forma de una oportunidad para intervenir y acompañar procesos de transformación social; procesos que exceden no solo a la filosofía y a la historiografía, sino también al entorno académico en general, pero a los que nuestra disciplina tiene mucho que aportar. Una clave de ingreso en este terreno puede estar en el trabajo allí donde convergen la producción de narraciones acerca del pasado, las identidades socialmente marginadas y los movimientos de resistencia (tales como, en este caso, el movimiento anticarcelario). Parto del entendimiento de que la historia de exclusión y violencia epistémica que caracteriza a las ciencias en relación con los “nuevos sujetos” no debe llevarnos necesariamente a descartar la historiografía como una vía de intervención; por el contrario, mi apuesta por un futuro práctico de la filosofía de la historia está en la construcción de una ciencia que sea a la vez socialmente relevante y epistémicamente responsable, capaz de rendir

cuentas de sus aseveraciones. Una vez que comprendemos las formas de exclusión involucradas en la producción de sentidos y narrativas históricas, “debemos reconocer y tomar responsabilidad de las exclusiones que están en juego en nuestro propio proyecto”, a través de un “enfoque reflexivo y autocrítico” consciente del “carácter particularista de todo conocimiento histórico y el rol activo del historiador/a como productor/a de conocimiento” (Scott, 1999: 7). Empezar semejante trabajo implica un profundo proceso de reflexión y revisión de los principios, motivaciones y formas de narrar el pasado, pero también requiere de “fricción epistémica” (Medina, 2013) con perspectivas divergentes que tensionan los supuestos y resistencias que una mera reflexión introspectiva no identificaría. Es por esto que los aportes de líneas teóricas vinculadas con los “nuevos sujetos”, tales como las teorías feministas, decoloniales, poscoloniales y *queer*, y el trabajo en conjunto con los colectivos afectados, resultan especialmente importantes.

Sobre este último punto, y aun sin suscribir a la tesis del privilegio epistémico de los grupos socialmente vulnerados, entiendo que sí existen ventajas específicas en el hecho de que las narrativas que incorporan a los “nuevos sujetos” sean producidas por las mismas personas representadas: refuerza la agencia individual y colectiva, revierte una historia de injusticia epistémica, expande el horizonte de expectativas de la comunidad en términos de participación ciudadana y alienta su inclusión en espacios de toma de decisiones. Además, en lo que hace a la mejora del campo historiográfico en general, la inclusión de nuevas miradas puede traer perspectivas críticas que sofistican y complejizan las disputas por la representación del pasado y obligan a las narrativas existentes a repensarse a la luz de los nuevos aportes (y fricciones).

Tanto estos como otros enfoques críticos en filosofía de la historia (ver, por ejemplo, Tozzi, 2006) y epistemología de las ciencias sociales apuntan al florecimiento de múltiples historias, contra la pretensión de un único relato superador o de una propuesta que clausure las diferencias y universalice experiencias específicas y hegemónicas. En el caso de los grupos históricamente vulnerados y los “nuevos sujetos”, la producción y proliferación de narrativas acerca de sus pasados son elementos importantes en la mejora de sus condiciones de existencia: pueden acompañar los procesos de afirmación identitaria, reforzar la constitución del grupo como colectivo e impulsar la configuración de una identidad colectiva

o comunitaria que funcione como locus de agencia política. Más allá de estos sujetos, en términos más amplios, la proliferación de narrativas sobre y desde los “nuevos sujetos” aporta al escenario historiográfico existente en tanto hace lugar a la complejidad de los actores involucrados en los procesos históricos al incorporar agentes generalmente ausentes de las narrativas de circulación masiva.

Se trata, sin dudas, de una tarea colectiva. En todos los casos, una filosofía de la historia que vaya más allá del canon e incorpore perspectivas “desde los márgenes” tiene la capacidad de brindar pautas imprescindibles para el trabajo con comunidades, manteniendo una alerta sobre la adecuación de las prácticas a los valores epistémicos y políticos de una investigación práctica socialmente comprometida.